

tos. Mejor aún que Saturno y que Júpiter conoce la virtud de las fórmulas y de los signos. Así, pues, las pobres divinidades rústicas ya no encontraron asilo en sus bosques sagrados. El coro de los peludos capripedos que herían antaño con sus patas sonoras la tierra materna, sólo era ya una nube de sombras pálidas, mudas, deslizándose á la vera de los ribazos, cual la bruma de la mañana que el sol desvanece.

»Arrastrados como de un viento furioso por la ira divina, estos espectros giraban todo el día entre el polvo de los caminos. La noche les era menos enemiga. La noche no pertenece íntegramente al Dios galileo. Compártela con los demonios. Cuando las sombras descendían de las colinas, faunos y faunesas, ninfas y panes, venían á agazaparse en las tumbas, y allí, bajo el dulce imperio de las potestades infernales, gustaban un poco de reposo. Sobre todas las tumbas preferían á la mía, como de un antepasado venerable. Pronto se congregaron todos bajo la parte de la cornisa que, orientada hacia el Mediodía, no era musgosa y estaba siempre seca. Aquella muchedumbre ligera acudía fielmente cada noche, como palomas que buscan su palomar. Con facilidad se acomodaban, pues habían amenguado tanto de tamaño que eran semejantes á la pelota fugaz que escapa del harnero. Yo mismo, saliendo de mi muda cámara, sentábame á veces en medio de

ellos, al abrigo de las losas marmóreas, y les cantaba con flébil soplo de voz los días de Saturno y de Júpiter; y ellos recordaban la dicha pasada. Bajo la mirada de Diana abandonábanse entre sí, á imagen de sus juegos antiguos, y el caminante rezagado creía ver que los vapores de las praderas imitaban á la luz de la luna los cuerpos abrazados de algunos amantes. Frecuentemente, apenas eran leve bruma. El frío les hacía mucho daño. Cierta noche la nieve había cubierto el campo, y las ninfas Eglé, Nerea, Mnais y Melibea se filtraron por los resquicios del mármol en la estrecha y sombría cámara que yo habitaba. Sus cortejos las siguieron en tropel, y los faunos, lanzándose en su persecución, las alcanzaron pronto. Mi morada fué su morada. Sólo salíamos para ir al bosque cuando la noche era bella. Al primer canto del gallo, dábanse buena prisa en volver. Pues has de saber, hijo mío, que sólo yo entre la raza cornuda tengo licencia de aparecer en la tierra á la luz del día. Es un privilegio anejo á mi estado de santidad.

»Mi sepultura inspiraba más veneración que nunca á los habitantes del campo, y las madres jóvenes me presentaban cotidianamente sus pequeñuelos, alzándolos desnudos entre sus brazos. Cuando los hijos de San Francisco vinieron á establecerse en la comarca y erigieron un monasterio en la falda de la montaña, solicitaron del se-

ñor obispo que les permitiese transportar y guardar mi tumba en la iglesia conventual. Otorgóseles el favor, y fuí trasladado con gran pompa á la capilla de San Miguel, donde aún reposo. Conmigo vino mi rústica familia. Era mucho honor; pero he de confesar que eché de menos el ancho camino por donde veía pasar, cuando el alba apuntaba, á las campesinas llevando sobre la cabeza cestas de uva, de higos ó de berenjenas. El tiempo no ha dulcificado mi pesadumbre, y yo preferiría continuar bajo el plátano de la Vía Sacra.

»Tal es mi vida, añadió el viejo caprípedo. Ella corre riente, dulce y secreta al través de todas las edades de la tierra. Si alguna tristeza se mezcla á la alegría, los dioses lo han querido. ¡Oh, hijo mío; loemos á los dioses, señores del mundo!

Fra Mino permaneció algún tiempo ensimismado. Luego:

—Ahora comprendo—dijo—el sentido de lo que vi durante la mala noche en la capilla de San Miguel. Sin embargo, un punto queda obscuro en mi espíritu. Dime, anciano, ¿por qué esas ninfas que viven contigo y se ofrecen á los faunos, se han metamorfoseado en viejas y repulsivas mujeres cuando han venido en mi busca?

—¡Ah, hijo mío!—respondió San Sático—. El tiempo no perdona á hombres ni á dioses. Estos sólo son inmortales en la imaginación de los hombres efímeros. En puridad, sienten el contacto de

la edad y tienden con los siglos hacia su declinar irreparable. Las ninfas envejecen como las mujeres. No hay rosa que no se deshoje. No hay ninfa que no se trueque en hechicera. Puesto que has contemplado los pasatiempos de mi menuda familia, ocasión has tenido de ver que el recuerdo de su juventud pasada orna todavía á las ninfas y los faunos en el momento de amar, y que su ardor reanimado, reanima su belleza. Pero las ruinas de los siglos reaparecen al instante. ¡Ay, ay! La raza de las ninfas es vieja y decrepita.

Fra Mino preguntó todavía:

—Anciano, si es verdad que has alcanzado la beatitud por vías misteriosas; si es cierto, aunque parezca absurdo, que eres un santo, ¿cómo perseveras en la tumba con esas sombras que no saben alabar á Dios y que manchan con su imprudencia la casa del Señor? Responde, ¡oh, anciano!

Pero el santo caprípedo, sin responder, se desvaneció dulcemente en el aire. Sentado en la piedra musgosa, al lado de la fuente, fra Mino meditaba el discurso que acababa de oír, y, entre densas tinieblas empezó á percibir claridades maravillosas.

Este santo Sático, pensaba, es semejante á la Sibila que, en el templo de los falsos dioses, anunciaba el Salvador á las naciones. El barro de las mentiras antiguas aún está adherido á sus pesuñas; pero su frente se eleva hacia la luz, y sus labios confiesan la verdad.

Como la sombra de las encinas se alargaba sobre la hierba del ribazo, el monje abandonó la piedra y descendió por la estrecha senda que conducía al convento de los hijos de San Francisco. Pero no osaba mirar á las flores que dormían sobre las aguas creyendo encontrar las imágenes de las ninfas. Cuando las campanas tocaban el *Ave María* entró en su celda. Era ésta pequeña y blanca y solamente amueblada con un lecho, un escabel y uno de esos altos pupitres que usan los escritores. En el muro había pintado en otro tiempo un fraile mendicante, al modo de Giotto, las Marías al pie de la cruz. Bajo esta pintura, una tabla de madera, oscura y luciente, como las de los lagares, sustentaba libros, sagrados unos y profanos otros, pues fra Mino estudiaba á los poetas antiguos para alabar á Dios en todas las obras de los hombres, y bendecía á Virgilio por haber profetizado el nacimiento del Salvador, cuando el mantuano dijo á las naciones: *Jam redit et Virgo.*

En el alféizar de la ventana un brote de lirio medraba en un vaso de tosca loza. Fra Mino se complacía en leer el nombre de la santa Virgen escrito con áureo polvillo en este vaso de lirios. La ventana, practicada muy alto, era estrecha; pero se veía el cielo por encima de las colinas violáceas.

Habiéndose encerrado en estas dos tumbas de

su vida y de sus deseos, fra Mino tomó asiento ante el estrecho pupitre, coronado de una doble tablilla, donde tenía costumbre de entregarse al estudio. Luego, mojando su caña en el tintero puesto al costado del casillero que contenía las hojas de pergamino, los pinceles, los tubos de colores y el polvo de oro, suplicó á las moscas, en nombre del Señor, que no le importunasen, y empezó á escribir la relación de lo que había visto y oído en la capilla de San Miguel durante la noche maldita, y en este mismo día, en el bosque, á la vera de la fuente. Primero trazó estas líneas en el pergamino:

He aquí lo que fra Mino, de la orden de los Hermanos menores, ha visto y oído, y que relata para instrucción de los fieles. En alabanza de Jesucristo y á la gloria del bienaventurado pobrecito de Cristo, San Francisco. Amén.

Luego transcribió, sin omitir nada, lo que había observado de las ninfas trocadas en brujas y del anciano cornudo, cuya voz murmuraba entre la fronda como un postrer suspiro de la flauta antigua y como un preludeo del arpa sagrada. Mientras él escribía, cantaban los pájaros; y la noche vino lentamente á borrar los bellos colores del día. El monje encendió su lámpara y continuó escribiendo. A medida que narraba las maravillas de que había tenido noticia, explicaba el sentido literal y el sentido espiritual, según las reglas de

la escolástica. Y, como se circunda de murallas y torres á las ciudades para hacerlas fuertes, sustentaba sus argumentos con máximas sacadas de la Escritura. De las extrañas revelaciones que había recibido, concluyó fra Mino que Jesucristo es Señor de todas las criaturas y que es Dios de los Sátiros y de los Panes, así como de los hombres. Por esto San Jerónimo vió en el desierto centauros que proclamaban á Jesucristo; segundo, que Dios comunicó á los paganos algunas luces de la verdad, para que pudiesen salvarse. Así algunas sibilas, como la Cumana, la Egipcia y la Délfica, han ostentado en las tinieblas de la gentilidad el Pesebre, las Disciplinas, el Cetro de caña, la Corona de espinas y la Cruz. Y, por esta razón, San Agustín ha admitido á la sibila Eritrea en la ciudad de Dios. Fra Mino dió gracias al Señor por haberle enseñado estas cosas. Gran contento inundó su corazón pensando que Virgilio estaría entre los elegidos. Y escribió con alegría al pie de la última hoja:

Este es el apocalipsis del hermano Mino, el pobre de Jesucristo. Yo he visto la aureola de los santos sobre la frente cornuda del Sátiro, en señal de que Jesucristo ha sacado del limbo á los sabios y á los poetas de la antigüedad.

La noche iba bien corrida, cuando rematada su tarea, fra Mino se acostó en el lecho para reposar un poco. En el momento de empezar á dormir,

una vieja entró por la ventana en un rayo de luna. Él reconoció á la más horrible de las hechiceras que había visto en la capilla de San Miguel.

—Pequeño mío—le dijo ella—, ¿qué has hecho hoy? Yo y mis dulces hermanas te habíamos advertido que no revelases nuestros secretos; pues si nos traicionabas, te haríamos perecer. Esto me afligiría mucho, porque yo te amo tiernamente.

La bruja le abrazó, llamóle su Adonis celeste, su pequeño asno blanco, y le hizo ardientes caricias.

Como él la rechazase disgustado:

—Hijo—exclamó ella—, me desdeñas porque mis ojos están punteados de rojo, mis narices roídas por el acre y pestífero humor que destilan, y mis encías guarnecidas de un solo diente, negro y desmesurado. Verdad que tal es hoy tu Nerea. Pero si tú me amas, yo me volveré por ti y para ti, como era en los tiempos dorados de Saturno, cuando mi juventud florecía entre la juventud florida del mundo. Es el amor ¡oh, mi joven Dios! quien hace la belleza de las cosas. Para tornarme bella, sólo necesitas un poco de entusiasmo. ¡Vamos, Mino, valor!

Al oír estas frases acompañadas de gestos, fra Mino, transido de espanto y horror, sintióse desfallecer y se deslizó lecho abajo hasta el suelo de la celda. Al caer le pareció ver á una ninfa de

30208

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fondo. 1825 MONTERREY, MEXICO

forma perfecta, cuyo cuerpo desnudo le inundaba como leche que se derrama.

Fra Mino despertó bien entrado el día, conlido de la caída. Las hojas de pergamino que había borrajado la víspera, cubrían el pupitre. Las relejó, las dobló y las selló con su sello; púsolas bajo su hábito, y sin miedo á las amenazas que las brujas le habían formulado por dos veces, llevó sus revelaciones al señor obispo, cuyo palacio erigía sus almenas en el centro de la población. Encontróle calzando sus espuelas en la sala de recepciones, rodeado de sus hombres. Pues el Pontífice estaba á la sazón en guerra con los gibelinos de Florencia. Preguntó al monje qué objeto le traía, y cuando estuvo enterado, le invitó á leerle inmediatamente su relato. Fra Mino obedeció.

El señor obispo escuchó la lectura hasta el cabo. No estaba muy instruído en materia de apariciones; pero le animaba un celo ardiente en defensa de la fe. Sin demorar un día ni dejarse distraer por los cuidados de la guerra, comisionó á doce ilustres doctores en Teología y Derecho canónico para que estudiaran el asunto, y les dió prisa en redactar sus conclusiones. Tras maduro examen, y no sin haber interrogado varias veces á fra Mino, los doctores convinieron en que era preciso abrir el sepulcro de San Sátiro, en la capilla de San Miguel, y lanzar extraordinarios

exorcismos. Cuanto á los puntos doctrinales suscitados por fra Mino, nada resolvieron formalmente, inclinándose, sin embargo, á juzgar temerarios, frívolos é innovadores los argumentos del franciscano.

Conforme á la recomendación de los doctores, y según orden del señor obispo, fué abierta la tumba de San Sátiro. Sólo contenía un puñado de cenizas, sobre las cuales vertieron los sacerdotes agua bendita. Entonces salió un vapor blanco del que brotaban débiles gemidos.

La noche que siguió á esta piadosa ceremonia, soñó fra Mino que las hechiceras, inclinadas sobre su lecho, le arrancaban el corazón. Al amanecer se levantó, atormentado de agudos dolores y devorado de sed ardiente. Poco á poco llegó hasta el pozo del claustro, donde bebían las palomas. Pero, apenas hubo aspirado algunas gotas del agua que llenaba una pila, sintió que su corazón se hinchaba como una esponja, y murmurando: «¡Dios mío!» murió ahogado.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE LEÓN"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO